



Eucaristía de Clausura del Año Jubilar de los 250 años de la presencia de la Virgen del Carmen en San Fulgencio

16. VII. 2016

Con alegría estamos reunidos para celebrar esta entrañable fiesta de María, en la advocación del Carmen. Nombrar a la Virgen del Carmen es marchar lejos en la memoria, a un lugar y tiempo lejanos: a la tierra de Jesús en tiempos de las Cruzadas, cuando un caballero se retira en el Monte Carmelo, el de Elías. Seguidores, en vida eremítica reunidos –centrados en pequeña iglesia dedicada a María. Ella les congrega. Era en 1156. Dos figuras: S. Simón Stok en Inglaterra y S. Luis que las llama a fundar en París. Nace la expansión de la familia del Carmelo, toda una espiritualidad, marcada por la devoción a la Virgen. En medio de esos recuerdos la Palabra de Dios nos ha traído resonancias. Así, la 1ª lectura nos hacía pensar en ese gran profeta, Elías, que representa la fuerza de la fe, mantenida en medio de persecuciones e infidelidades.

San Pablo nos ha recordado –algo importantísimo de recordar siempre-: que somos hijos de Dios y por ello herederos de sus promesas.

Pero, sobre todo, en el Evangelio, con pocas palabras se nos dice mucho. Tres figuras en el texto de Juan y muy pocas palabras. Jesús, muriendo en la cruz, dando su vida; y no conforme con eso, nos da lo único que le queda: su Madre. Se desprende de Ella. Le quedaba María y nos la regala.

La figura de María, al pie de la cruz, significa mucho amor, fidelidad hasta el final. Todos han dejado a Jesús. Sólo queda Ella y Juan. De toda la humanidad sobre todo queda María, su Madre. La mejor humanidad, fiel. Y que es convertida por Jesús en regalo, en don, para nosotros.

Y está Juan allí, también en pie, fiel, el único Apóstol junto a la cruz. De quien llaman la atención las palabras, cortas, claras, exactas, que deja escritas: “En aquella misma hora, al momento, la recibió en su casa”. Destaca la prontitud, igual que ante la llamada de la orilla del Lago: dejándolo todo, enseguida, le siguieron. Juan, enseguida, acoge a María y la lleva a su casa, a su vida.

Aquí, en este texto del Evangelio hay mucho para nosotros: aprender la capacidad de entrega, al límite, de Jesús. Aprender de la fidelidad hasta el final que tiene María. Y la acogida pronta de Juan hacia ese regalo en que Jesús ha convertido a su Madre.

Queridos hermanos, hoy, además de venir junto a María, quien a su vez nos lleva a Jesús, a quien encontraremos, como los Apóstoles, como los discípulos de Emaús, de aquí a un instante en esta misa al partir el Pan; también esta fiesta nos ha traído a este lugar –casa especial de María. Y nada más. Vamos a dar gracias a Dios por tanto bien, por María, regalo de Dios, regalo de Jesús en la cruz, al final de la vida física que se entrega por nosotros, por nuestra salvación. Ojalá, como Juan abramos nuestra casa, nuestra vida, nuestra persona y la acogamos con prontitud, como él hizo.



Que miremos en María el modelo de conocer ante Dios (confiados en él, con fe, en medio de la vida, en su misericordia). Miremos en Ella a la Madre que no nos abandona, que nos quiere y acompaña más de lo que podemos imaginar. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante